

agresión procedía; defendieronlo briosamente los indígenas, matando algunos enemigos é hiriendo á muchos más; pero viendo caer muerto de un pistoletazo á su cacique, huyeron desbandados y desaparecieron en lo inextricable del bosque, sin que ninguno cayera prisionero ni se aventurase á defender el paso. Unos fuertés chubascos, de larga duración, hicieron pernoctar á los piratas en aquel punto, á la intemperie y sin abrigo alguno, por no haber encontrado más que una choza y necesitarla para la conservación de armas y municiones. Y mientras les dejaban tranquilos los que con un leve esfuerzo podían acabarlos.

Al amanecer el noveno día de viaje, arrecidos por la humedad, siguieron un penosísimo camino, donde á poca costa hubieran dado cuenta de ellos los españoles, que diseminados en pelotones observaban desde lejos la marcha de las gentes de Morgan, sin intentar resistirlas. Estas avanzaron rápidamente con el propósito de aprisionar alguno; lo que no consiguieron, porque se les perdían de vista al esconderse en las cavernas del monte, pero sí llegar antes á la ansiada cumbre. Al admirar desde ella la inmensa planicie de la Mar del Sur, manifestaron los invasores una ruidosa alegría, igual, sin duda, á la que ciento cincuenta y ocho años antes habían expresado los valerosísimos compañeros de Vasco Núñez de Balboa; sólo que en aquellos el alborozo le inspiraba el santo propósito de extender la civilización por nuevas regiones, y el regocijo de los piratas al ver el mar y las embarcaciones ajenas que recorrían la costa, nacía del ansia de adquirirlas y de saquearlo y destruirlo todo, y de la impaciencia por satisfacer las pasiones más ruines, convertidas ya en ellos en imperiosa necesidad.

La de la comida la satisficieron á poco con la carne de toros, vacas, caballos y asnos que encontraron en gran número, é indistintamente mataron y echaron en hogueras y

á medio chamuscar les sirvieron de opíparo banquete. Terminado éste, no pensaron más que en saciar las otras necesidades, teniendo por primera la de vengar en los españoles el insufrible tránsito de nueve días por aquellas soledades desprovistas de todo abrigo y de toda alimentación. Sin dejar de excitarles, dispuso Morgan seguir adelante: ordenó á cincuenta bucaneros, ágiles y excelentes tiradores, que fuesen de avanzada para explorar; quienes no tardaron mucho en descubrir una tropa de doscientos españoles, que desde larga distancia les daban gritos, y en distinguir luego las torres y en seguida toda la ciudad de Panamá. Ruidosísima, mucho más que cuando descubrieron el mar, fué la explosión de alegría al admirar la rica ciudad que creían ya suya: echaron al alto sus sombreros; los tambores y trompetas llenaron los aires de regocijados sonos, y Morgan, para moderar el ciego entusiasmo, refrescar las gentes y combinar los planes de ataque, dispuso hacer alto y acampar en el punto que descubría la prenda codiciada. Cada cual sacó entonces de su mochila los trozos de carne ahumada recogidos al fin del almuerzo, y concluída la cena, se tendieron todos sobre la hierba con grandísima satisfacción, esperando inquietos la aurora de aquel día, que era el décimo de su salida de San Lorenzo de Chagre, en que esperaban borrar con dulzuras los sufrimientos pasados y reintegrarse de las privaciones con la libertad en los excesos.

No bien amaneció, emprendieron el camino de Panamá al son de trompetas y tambores, y avisado Morgan, por los guías recogidos en la isla de Santa Catalina, de que las grandes defensas estaban por aquella parte, tomó por el flanco el paso más difícil y penoso del bosque; desconcertando así los planes de los defensores, que en la *Sabana* ó llanura inmediata á la ciudad esperaban exterminar á los

piratas. Reconocido por éstos desde un collado el formidable ejército español, considerando que sólo á un supremo esfuerzo podrían deber la victoria y que no había otro medio que acometer ó morir, juraron todos decididamente pelear hasta perder el último aliento, convencidos como estaban que de otra suerte no habría cuartel para ellos. Formáronse en tres batallones; pusieron en la vanguardia los doscientos bucaneros más diestros en tirar al blanco, y descendiendo del collado dirigieronse rectamente á donde los españoles les llamaban al combate. Se empezó por los nuestros al grito de ¡Viva el Rey! y lanzando la caballería sobre los invasores; pero como no era aquél el punto en que el plan de batalla se había hecho y lo pantanoso del terreno impedía á los caballos moverse con desenvoltura, pronto los bucaneros, que con una rodilla en tierra hacían la puntería cierta, mataron la mayor parte y desordenaron á los demás. La infantería avanzó entonces contra los piratas, y para desordenarlos se soltaron al mismo tiempo por la retaguardia de éstos dos mil toros bravos, que por instinto natural en vez de embestir buscaron la libertad y el pasto del bosque; y como el efecto resultase nulo, como acababa de ser el de la caballería ante los tiros certeros de los invasores, al primer arrojó de los infantes siguió la confusión, á ésta el desaliento, y luego el desbandarse, y arrojar los mosquetes y huir á la espesura; dejando á las dos horas de combate libre el campo á los de Morgan.

Fatigados éstos por lo arduo de la refriega, no persiguieron á los fugitivos, aunque mataron sin consideración á todos los que de paso vieron escondidos en el bosque. Unos exploradores apresaron en los primeros momentos y condujeron al jefe á unos religiosos, que mandó matar inmediatamente á pistolazos, y otros le llevaron á un capitán herido, por el que supo que las fuerzas que habían en-

trado en acción las componían 400 de á caballo, 24 compañías de infantería cada una de 100 hombres, gran número de indios, algunos negros conductores de los dos mil toros y ocho piezas de artillería emplazadas á la entrada del camino que esperaban siguiesen los invasores. A la vista de aquel desbarato y en la convicción de que los dispersos combatientes no podían molestarle por el pronto, acordó Morgan seguir adelante, revistando antes las filas de los suyos en que encontró más bajas en muertos y heridos de lo que presumía, aunque en mucho menor número que los españoles, que tuvieron unos 600 muertos, y á esta proporción los inutilizados: concedió luego á sus gentes un breve descanso; formó en orden á los que aún podían pelear, que, orgullosos con el fácil triunfo, crecieron en bríos, y encaminóse decidido á la toma de la ciudad.

El vecindario, aunque amedrentado por la derrota, defendió el asalto á metrallazos y con nutrido fuego de mosquetería que produjeron muchas muertes en los agresores; pero como la defensa si obedecía á algún plan no había jefe que la dirigiese, resintióse luego de falta de unidad y de concierto, de que supieron aprovecharse bien los piratas, redoblando su ímpetu, arrollándolo todo y tomando y destruyendo uno por uno todos los fuertes, hasta que, contenidos y horrorizados los vecinos á la vista de tanta sangre, huyeron despavoridos á las tres horas de combate; dejando el triunfo á los contrarios, que fieramente lo proclamaron con el saqueo, el incendio y todos los horrores propios de una conquista. Morgan, vencedor, convocó á los suyos en el punto más seguro para anunciarles que castigaría con las más severas penas al que osase catar el vino, que le habían dicho estaba envenenado; con lo cual evitó que se emborrachasen y dieran ocasión á los españoles para reponerse y exterminarlos, y cuando tuvo por

cierta é indisputable la posesión de la plaza, dedicóse á ejecutar calculada y fríamente todas las infamias que constituían los programas piráticos.

Verificado el primer saqueo, en que la catedral, los ocho conventos, siete de religiosos y uno de monjas, las dos suntuosas iglesias que había en la ciudad y las casas principales, fueron completamente despojadas de todo el oro, plata y objetos preciosos que contenían, mandó Morgan pegar fuego á la ciudad por diversas partes, y como en su mayor número eran los edificios de cedro, no tardaron las llamas en consumir voraces los cinco ó seis mil de que Panamá se componía, si bien la combustión lenta de los cimientos no terminó hasta cuatro semanas después. Para descansar de la refriega y de esos actos vandálicos, acamparon en las afueras de la ciudad, recelosos aún de que rehaciéndose los españoles dieran sobre ellos; mas viendo al siguiente día que nadie se presentaba á oponérseles, despachó el pirata un convoy de 150 hombres al castillo de Chagre para anunciar la victoria á los compañeros; envió algunos otros á reconocer la costa del mar; organizó una partida con los más resueltos para que fuesen en busca de los vecinos de Panamá que habían huído á las selvas de los contornos, y con el resto penetró en la ciudad, instaló en la única iglesia que había salvado del incendio los heridos y dedicóse con todos los sanos á rebuscar entre las ruinas y hasta en el fondo de los pozos los tesoros escondidos por el vecindario; consiguiendo de la rebusca no pocas riquezas todavía.

La partida exploradora regresó á los dos días conduciendo unos 200 presos entre hombres, mujeres y esclavos de color, y casi al mismo tiempo volvieron los escudriñadores de la costa con los bienes de tres naves apresadas y la mala nueva de haberseles escapado un hermoso galeón re-

pleto de la plata del Rey, de los ornamentos de las iglesias, y del oro, plata y joyas de los más ricos mercaderes que también iban en él, juntamente con todas las monjas y las principales personas de la población arruinada. Tenían por cierto sus perseguidores que no era empresa difícil apoderarse de la rica nave si se le daba caza; pero como los piratas no atendían á la sazón sino á saciar sus impuros deseos en las prisioneras que acababan de llevarles y en satisfacer su gula y sed de crápula, prefirieron por el momento gozar á conseguir la mayor de las presas imaginadas, dando en esto tiempo al galeón para huir y salvar en remoto puerto su valioso cargamento. Cuando al otro día los cuerpos y espíritus abatidos, por el exceso del vicio, recobraron su actividad, lo primero á que acudieron fué á enmendar su negligencia respecto del galeón, enviando en su busca á los mismos que le habían descubierto, que no hallándole ya, como era de esperar, pasaron á los inmediatos puertos de Taboga y Taboguilla, en los que se hicieron dueños de algunas barcas cargadas de muchas y buenas mercancías y de un navío procedente del de Paita en el Perú, lleno de paños, jabón, azúcar y bizcocho y con 20.000 pesos en moneda. Trasladaron el dinero y lo más aprovechable á la barca, y escogidos algunos prisioneros y ciertos esclavos para marearla, partieron hacia Panamá algo satisfechos, aunque no tanto como si el galeón hubiese caído en sus manos.

Casi al mismo tiempo que éstos, llegaron los del convoy enviado al castillo de Chagre; los unos con el importante botín, que entregaron á Morgan, y los otros refiriendo que los de allí, enarbolando en el castillo la bandera española, habían engañado y atraído debajo de sus fuegos á un navío español cargado de provisiones de boca, que les llegaron con gran oportunidad por encontrarse ya muy

necesitados de ellas. Esta noticia dió ocasión al jefe pirata para dilatar unos días su permanencia en Panamá y disponer otras correrías por el país, que nunca dejaron de proporcionarle prisioneros, á quienes, para que declarasen donde habían escondido sus riquezas, sujetaba á los más crueles tormentos. Uno de los desdichados que tuvo la desgracia de sufrirlos fué cierto sirviente, que al presentarse vestido con el traje de su amo, le tomaron por persona principal: para hacerle confesar, lo que seguramente ignoraba, suspendieronle de una de las partes más sensibles del cuerpo, y en tan dolorosa postura le cortaron la nariz y las orejas, chamuscáronle las heridas y lo ileso con paja encendida, y cuando no supieron inventar más crueldades, mandaron á un negro que le diera de lanzadas para acabarlo. No perdonaban en tales tormentos sexo ni condición, ensañándose singularmente con los religiosos y clérigos, cuando no se apresuraban á aprontar grandes sumas por su rescate, y con las mujeres, si resistían prestarse á sus torpezas. Daba en éstas Morgan ejemplo á los suyos, incitándoles á que le imitaran, y haciendo gala de ser el peor y más relajado de todos; así que, cuando llevaban á su presencia alguna hermosa y honesta mujer, la tentaba de todas suertes para que condescendiese á sus voluptuosidades, y si resistía, la trataba con la más fiera dureza.

Cuenta sobre estos abusos el testigo presencial á que me refiero, que entre los presos de Taboga y Taboguilla se llevó á la presencia de Morgan una joven y hermosísima dama, mujer de cierto rico mercader que había ido al Perú á despachar asuntos del oficio, á la cual dama destinó desde luego el pirata á sus concupiscencias, entregándola á una negra para que la sirviese y tratase con todo regalo. Desolada y en amargo llanto rogaba la her-

mosa á su tirano que la trasladase á la prisión donde sus parientes estaban, y en respuesta á la gracia que pedía colmábala el pretendiente de atenciones y ofrecíale las más preciosas alhajas del saqueo; pero cuando al exponerle decidido sus deshonestos é impúdicos propósitos oyó de la prisionera que sólo quitándole la vida podría disponer de sus gracias, sustituyó el dulce trato por las más feroces amenazas, y mandando desnudarla la encerró en una bodega, donde no la llevaban sino tenuísima porción de alimento, insuficiente para poder vivir. Creía así el pirata reducirla; mas la entereza de la española no se abatió con tan cruel trato, ni con las imputaciones calumniosas con que Morgan quería envilecerla. —«Yo mismo, dice el flamenco CExmelín, no habría jamás creído en tal constancia, si con mis ojos y oídos no lo pudiera asegurar.»

Á las tres semanas de permanencia en Panamá, se enteró el pirata de que algunos de los suyos, dispuestos á abandonarle, estaban preparándose para ir á buscar fortuna por su cuenta en la Mar del Sur y en las Indias Orientales. Para estorbar unos proyectos que tanto le contrariaban, mandó, primero, rajar el árbol mayor del navío apresado y quemarle luego con todas las barcas que estaban en el puerto; y después, como nada más se ofrecía ya al saqueo, dió por terminada la empresa y las órdenes para regresar al castillo de Chagre. Dispuesto todo, dejó el punto de lo que había sido Panamá el 24 de febrero de 1671, llevando cargados ciento setenta y cinco jumentos con el oro, plata y objetos preciosos robados, y unos seiscientos prisioneros entre hombres, mujeres, niños y esclavos; éstos para su servicio y aquéllos para que sufriesen y así aprontasen antes el importe de su libertad.

Recorrida una legua, y al hacer alto para pernoctar á la

orilla del primer río que sería el Matasnillos ó uno de los afluentes del Río Grande, formaron los piratas en círculo alrededor de los prisioneros, quienes creyendo llegada su hora postrera, hicieron prorrumpir á las mujeres en lastimeros gritos, arrodillándose á los pies de Morgan y suplicándole que las dejase volver á la que fué su ciudad. Pero impasible el tirano, respondíalas que no había ido él á sus tierras para oír plegarias, sino en busca de oro, que le tenía por más eficaz que las lágrimas para vivir bien.—Oro es lo que debéis proporcionarme, les decía, so pena de transportaros á lejanas partes, de donde os será difícil volver.—No cesaron en toda la noche los lamentos y gemidos, y al amanecer del día siguiente, el pirata, que creía ocioso mostrarse compasivo, dispuso que una parte de su tropa formase la vanguardia, que ocupasen el centro los prisioneros y que el grueso de la gente fuese detrás empujándoles con las armas.

La hermosa dama pretendida por Morgan iba cerca de éste, lamentándose amargamente de que habiendo comisionado á ciertos religiosos para que fuesen á buscar en determinado punto el dinero para su rescate, éstos, al recibirlo, le habían empleado en libertar á otras personas. Entendiéndolo así el malhechor, que tenía ya por imposible hacer suya aquella virtud, y confirmado el hecho por las declaraciones de los mismos religiosos allí presentes, en un arranque de verdadera justificación dió libertad á la dama y estrechó las prisiones de los defraudadores, tratándolos como merecía su incompasivo proceder. Mas poco les duró el mal trato, porque al llegar la expedición á la margen del río de Chagre, Morgan, á quien iba embarazando tanto séquito, hizo decir á los presos que quien en el término de tercero día no pagara su rescate, sería conducido á Jamaica; y como unos más y otros menos, todos dieron al

cabo algo, quedaron en libertad, excepto los esclavos que valían dinero y los religiosos que lo prometían, y que unos días después fueron libertados por la piedad de otros españoles, que la tuvieron mayor que ellos la habían usado con la dama.

Marchando desde allí con más desahogo, llegó la expedición al sitio llamado *la Cruz* en la orilla del mismo río Chagre, en donde el pirata, siguiendo la costumbre establecida, hizo jurar en general, y particularmente á cada uno, que no habían ocultado nada de lo del saqueo, y como tenía la experiencia de que tratándose de intereses á las veces se jura en falso, dispuso que uno por uno se les fuese registrando las faltriqueras, bolsas, mochilas y todo punto del cuerpo donde pudieran haber guardado algo, presentándose él el primero á sufrir el registro. Los piratas de origen francés demostraron no estar muy conformes con tal procedimiento, y si no lo manifestaron ruidosamente, fué por verse en minoría; pero á la postre condescendieron con la requisa, y terminada ésta, se embarcaron todos en las canoas, abandonándose á la corriente del Chagre, que los llevó á su desembocadura y al castillo de San Lorenzo el día 9 de marzo.

Envió Morgan desde allí á Portobelo una gran barca con los prisioneros de la isla de Santa Catalina, pidiendo por su conducto al Gobernador español el rescate del castillo en que estaba, si no quería que le arrasara hasta los cimientos, y habiéndosele respondido que no accedería á su demanda ni con un solo maravedí, en vez de llevarle la respuesta, cual debía, en la punta de la espada, reunió tranquilamente su tropa para distribuir el botín. Hizo el reparto, dando á cada compañía su porción, ó mejor dicho, lo que le pareció, y reservándose para sí las joyas más valiosas. La falta de equidad produjo reclamaciones ruidosísimas, porque nadie

se conformaba con recibir 200 rs. de á ocho, después de los trabajos pasados: Morgan se hizo el sordo; y para distraer á tantos murmuradores, que prometían vengarse en Jamaica, mandó trasladar inmediatamente á su nave la artillería del castillo, incendiar los edificios y arrasar todas las fortalezas para embarcarse luego. Y mientras, y en tanto que el grueso de la gente se ocupaba en esto, prescindiendo de la junta acostumbrada antes de levar anclas, se hizo á la vela Morgan con otras pocas y útiles embarcaciones de amigos que pudieron seguirle. Renegando de él quedaron todos, y más los franceses, que clamaban venganza; pero como carecían de todo lo necesario para intentarla, y aun para salir de allí por el mal estado de los buques, nadie pensó ya sino en procurarse el medio de abandonar aquella tierra, de la que algunos escaparon penosamente y muchos recibieron el merecido castigo, encontrando sepultura en los insaciables estómagos de los indios bravos del Darien.

Esta es la muestra de una expedición pirática.

Ahora bien; ¿hay algo que justifique las agresiones más ó menos piráticas de los extranjeros en la América española? Los españoles del decadente siglo de Felipe IV y de Carlos II, fatigados de conquistar, y embebecidos en recuerdos gloriosos se habían dormido, y aun amortiguado sin duda, al son de las coplas y de las verdaderas poesías que cantando los grandes hechos patrios invadieron todo nuestro organismo y galvanizaron la conciencia pública desde los comienzos de aquel siglo. De tan inconveniente sueño se hizo necesario despertarles, porque la Europa y el mundo entero les quería bien despiertos para que manifestasen claramente si se creían capaces de cimentar y desenvolver en el extenso mundo de Colón los elementos civilizadores, en conformidad con las exigencias de la ley histórica, ó les

faltaban fuerzas ó auxiliares para realizar la ineludible obra humana. Los que tal pretendían aceptaron para el caso, y en vez de impedir, consintieron y aun cooperaron en las invasiones piráticas, que no fueron al cabo sino sacudidas fuertes dadas al dormido para alistarle. Sólo mirándolas á través de ese extraño prisma, pueden tenerse semejantes invasiones por un verdadero bien para aquellos confiados é indolentes españoles, que, como en Panamá, consentían á un agresor osado que se atreviera ya con diez; nada menos que con diez de los descendientes de Núñez de Balboa, de Pedrarias Dávila y de los otros famosos capitanes que con un puñado de valientes se hicieron dueños de extensísimos imperios.

Lo cual no era, ciertamente, extraño. El aislamiento á que condenaron nuestros antepasados aquellos territorios, pudo en los principios defenderse con la brillante aureola de enérgico, inteligente y afortunado con que el pueblo español se había dado á conocer; mas cuando la energía fué á menos, y la inteligencia se manifestó igual si no superior en los extraños, y la fortuna tomó otros rumbos, la fortaleza moral, debilitándose á la par que el prestigio de la nación, hubo de reducirse al nombre únicamente y á un mero recuerdo de la grandeza, que nos mantuvo por sí solo aún mucho tiempo el dominio de las Indias. La emulación y la curiosidad, al prever nuestra decadencia, quisieron penetrar en el secreto, y al imponerse de lo cierto por españoles ingenuos ó exploradores audaces, y al darse cuenta del engaño y de un poderío fantástico, se nos atrevieron á todo y aun todos, hasta los piratas salidos de la escoria social. Lección severa que no deben olvidar las naciones hoy poderosas el día que muchos curiosos se empeñen en conocer la legitimidad de su aureola.

Pero el ensañamiento usado contra los españoles de

América por los que en sus riquezas iban á saciar la codicia, ¿puede considerarse solamente como manifestación propia de los que á su valor y actividad innegables les daban tan mal empleo? De la condición de las gentes que en tan criminosa vida se ejercitaban, dedúcese á primera vista que sólo la sed del pillaje las excitara; pero no faltan precedentes para suponer que los instintos de raza y ciertas tradicionales emulaciones contribuyeron, y no poco, al desarrollo de las piraterías y al modo de proceder de los piratas.

Dice Lord Macaulay en su HISTORIA DE LA REVOLUCIÓN DE INGLATERRA (1) que en el siglo IX sufrió aquella Monarquía «la última invasión de los bárbaros del Norte, en la que los dinamarqueses y escandinavos lanzaron, unas en pos de otras, numerosas flotas de piratas temibles por su fuerza, su valor, su ferocidad y por el odio en que tenían el nombre cristiano;» piratas que no debieron extinguirse gran cosa en el transcurso de los siglos, cuando el celebrado Scalígero asentaba en el XVI que *Nulli melius piraticam exercent quàm Angli*.

Aquel siglo de la invasión danesa puede tenerse por principio de las diferencias entre los marinos ingleses y los españoles de las costas cantábricas que, después de empujar hacia el Sur á los moros que habían invadido y ocupado la Península ibérica casi por completo, crearon la primera marina de la reconquista, para favorecer por aquella parte el desarrollo de la nacionalidad española. Pero cuando se manifestó claramente la emulación de Inglaterra respecto de España, fué en los principios del siglo XIV. En aquel tiempo, dice un libro político publicado á principios

(1) Traducida directamente del inglés por M. Juderías Bender.—Tomo 1.º y 47 de la *Biblioteca clásica*.—Madrid, 1882.

del siglo actual (1), ocurrieron discordancias entre ambas naciones, ya porque envidiase nuestros progresos marítimos, ó resentida porque formásemos causa común con la Francia contra ella para contener el poderío que iban adquiriendo los bretones, dueños ya de la Guiena y de la mayor parte de la costa del Océano hasta el mismo puerto de Bayona, queriéndonos imponer desde este punto la ley y la más vergonzosa influencia en todas nuestras operaciones de Estado. Cansado de tanta opresión nuestro Enrique II, dispuso armamentos contra Inglaterra en 1371, confiando el mando de 12 galeras al Almirante Miser Ambrosio Bocanegra, que habiendo trabado combate el 23 de junio (2) en las aguas de la Rochela con la escuadra inglesa, mandada por el conde Pembroke, fuerte de 36 naos y de muchas compañías de caballeros, escuderos y hombres de armas, obtuvo el español la victoria, cayendo todos prisioneros, incluso Pembroke, con el tesoro que llevaba para la guerra, y siguiéndose á esto la conquista de la misma Rochela y de parte de la Guiena.

Aquel suceso, el del año siguiente de 1372, cuando el capitán Rui Diaz de Rojas desbarató con cuarenta naves al Captal de Buch; la invasión de la isla Wight, frente del puerto de Portsmouth, verificada el año 1374 por el Almirante de la flota de Castilla D. Ferrand Sánchez de Tovar (3); la entrada del mismo Tovar con sus galeras el año de 1380 en el río Támesis hasta cerca de la ciudad de Londres, haciendo grandes estragos; y más que todo, las excur-

(1) CONDUCTA DE ESPAÑA COMPARADA CON LA DE INGLATERRA EN EL PRESENTE ROMPIMIENTO, por Josef Mauricio Chone de Acha.—Madrid, en la Imprenta Real. Año de 1805; 194 páginas en 8.º

(2) CRÓNICA DE ENRIQUE II, por Ayala; pág. 31.

(3) Idem, id.; pág. 67.

siones marítimas que antes de esto habían llevado á cabo, por sí mismos, los vizcaínos y otros navegantes de las villas marítimas de la costa de Cantabria en las posesiones británicas (1), dando el 28 de agosto de 1350, en tiempo de Eduardo III, una batalla naval, referida por Walsingan, Mateo Vilano, Meyero y Rimer, en la que, si quedó indecisa la victoria, tuvieron los ingleses que pasar por el bochorno de ajustar los tres tratados de paz de 1.º de agosto de 1351, de 9 de octubre y 21 de diciembre de 1353, no con otra nación, sino con meros particulares como los habitantes de la iglesia de Santa María de Fuenterrabía, los de Castrourdiales, San Sebastián, Guetaria, Motrico, Laredo, Bermeo, Plasencia, Bilbao, Santander y Ondarroa: todos estos acontecimientos engendraron acaso la malquerencia que Inglaterra nos ha ido profesando, y que trasmitiéndose de siglo en siglo y de padres á hijos, ha constituido el germen de sangrientas y frecuentes guerras.

No contribuyó poco á que las intestinas asolaran á España desde 1454 á 1474, durante el reinado de Enrique IV, el prever y temer aquellos émulos los efectos de la unión, en una sola nacionalidad, de los Reinos de Castilla y León á los de Navarra, Aragón y Granada, como se llevó á cabo por los Reyes Católicos, que empezaron á reinar en este último año; así que, recelosos del poderío que nuestra Nación y otras adversarias iban adquiriendo, procuraron, con un gran criterio, fortalecerse en el interior y fomentar su marina para oponerse tan pronto como les fuera posible á nuestro engrandecimiento, que llegó á su colmo cuando la España se encontró dueña de un mundo hasta entonces desconocido.

(1) CRÓNICA DEL REY D. PEDRO, por Ayala.

II.

PIRATERÍAS Y AGRESIONES

EN LA
AMÉRICA ESPAÑOLA.

Cumplido el plazo que la ley histórica tenía fijado, para que los pueblos de Europa dilatasen en nuevas regiones la esfera de su actividad, le tocó en suerte al inspirado Cristóbal Colón ser el ejecutor de aquella ley, descubriendo el año de 1492, por la zona intertropical, la parte del mundo que hoy se llama América. Tiénese por cierto, aunque no está bien averiguado, que ya los escandinavos conocieron parte de aquellas tierras seiscientos años antes que Colón las visitase (1), y se ha dicho también, por los que no se conforman con la existencia de autóctonos americanos, que muchos siglos antes de la Era Cristiana se establecieron allí los asiáticos, que desde la China, el Japón y la Corea se trasladaron los unos por las islas Aleutias ó Aleutianas á la América del Norte, y descendiendo hacia el Sur, con los nombres de toltecas, chichimecas ó huachichiles y nahoas fundaron poderosos imperios, y erigieron los portentosos monumentos cuyas ruinas se están hoy estudiando con gran admiración; y los otros, pasando del continente indiano á la Malesia, Melanesia y Polinesia, y saltando de isla en isla, no hicieron alto hasta llegar á las costas de

(1) *Antiquitates americanas...* por Caroli Christiani Rafn-Hafnise, 1837.